blecieron en el centro de la población los jesuítas, y de 1584 á 1599 edificaron con el auxilio de opulentos protectores una suntuosa iglesia y colegio que pasó á ser seminario desde su primera expulsión; en 1594 fué entregado á los hermanos de San Juan de Dios el hospital de San Blas hoy destinado á casa de beneficencia: en 1599 instaláronse fuera de las murallas los carmelitas descalzos fijándose, después de inútiles esfuerzos para introducirse en la ciudad, en el solar convertido ahora en paseo junto á la puerta del Mercado: y por último en 1603 vinieron los franciscanos recoletos, y cerca de la catedral en la bajada á las Puentecillas fundaron el convento de San Buenaventura donde existe actualmente el instituto literario. Ninguno de estos edificios merece la atención del viajero sino la Compañía, cuya elegante fachada decoran dos órdenes de pilastras corintias, curvos frontispicios en la puerta y ventana, y el frontón triangular cortado por un ático, al paso que su nave, crucero y cúpula se distinguen interiormente por adornos del propio género y sobre todo por sus acertadas proporciones.

Multiplicáronse hacia la misma época los conventos de monjas, pero no con la grandeza del de Santa Clara. Las dominicas de la Piedad trasladadas en 1540 desde Torre de Mormojón; las carmelitas descalzas que con prósperos auspicios trajo en 1580 á la ciudad Santa Teresa, principiando su fundación en el oratorio de nuestra Señora de la Calle (1); las bernardas venidas en 1592 desde Torquemada al sitio que dejaron las anteriores; las agustinas canónigas; las agustinas recoletas fundadas en 1611 por D. Pedro de Reinoso, primero casado y después sacerdote, construyeron modestamente sus iglesias, sujetándose al tipo por el cual se cortaban todas á la sazón.

(1) Desde allí pasaron al sitio que hoy ocupan. Es muy interesante la relación que en el libro de sus fundaciones hace de ésta la santa, y grandes los elogios que tributa á los palentinos. «Toda la gente, dice, es de la mejor masa y nobleza que yo he visto... es gente virtuosa la de aquel lugar si yo la he visto en mi vida.» Ayudóla principalmente en su empresa el canónigo Jerónimo de Reinoso que yace en la capilla de San Jerónimo en la catedral.

Frente á la puerta de la catedral que mira al norte, forma ángulo dilatándose hacia la plaza una vasta fábrica de ladrillo y piedra; es el hospital de San Antolín y San Bernabé. Grandes y numerosas mudanzas ha tenido desde que á mediados del siglo XII lo erigió Pedro Pérez, capellán del obispo Pedro, que murió en el sitio de Almería, dotándolo éste y su sucesor Raimundo con varias propiedades y diezmos, y Alfonso VIII en 1162 con la donación de la villa de Pedraza. Prosperó el hospital bajo el patronato del cabildo, y en el siglo XV el obispo don Pedro de Castilla contribuyó con larga mano á su reconstrucción, cuya munificencia heredaron por algunas generaciones sus descendientes, y completóla con sus dádivas la viuda del último D. Sancho, D.ª Mariana de Mendoza (1). Toscos estribos flanquean el exterior de la espaciosa capilla; mas por dentro se halla reducida á una nave lateral de bóvedas de medio punto, habiéndose dividido en pisos y destinado á salas la principal, que conserva sus arcos ojivales.

Resta ya sólo visitar en Palencia el palacio episcopal, situado más adelante en otra plaza á la derecha. De cuando era mansión señorial no existen ya vestigios: en 1567 empezó su reedificación el obispo Valtodano, pero suspendidas las obras se desmejoró hasta el punto de ser casi inhabitable á últimos del siglo XVII, y así llegó á fines del siguiente en que el ilustrísimo Mollinedo le dió nuevo sér, haciéndolo sólido, desahogado, bien distribuído, con vistas deliciosas hacia su vasta huerta y las sinuosas márgenes del río. Perdónesenos si concedemos algo, una vez siquiera, á las emociones y afectos personales que constantemente hemos sofocado en el prolijo curso de la obra;

(1) Recuerda sus beneficios una lápida que dice así: «D.ª Mariana de Mendoza hija de los marqueses de Cañete, mujer de D. Sancho de Castilla, mandó á este hospital mil ducados para curar en este cuarto de mal contagioso, y á la capilla de San Lázaro donde está enterrada mil y seiscientos, y á la cofradía de la caridad para los envergonzantes cuatrocientos ducados, todos de renta cada año, y otros muchos pios legatos.» Murió dicha señora hacia 1580. Sobre la entrada del hospital hay una fecha, no pudimos discernir si 1530 ó 1539.

porque ¿cómo no recordar la cariñosa hospitalidad que allí recibimos? ¿cómo olvidar las sabrosas pláticas con el venerable anciano que entonces lo habitaba, y la acerba despedida presagio de perpetua separación y de próxima muerte? Muchas veces al coordinar en el silencio de la noche las impresiones del día, al trazar rápidamente los apuntes para nuestro libro, nos asaltó la triste idea de que sus ojos ya no habían de recorrer estas páginas, que no había de gozar de la satisfacción de ver descrita por su querido amigo á su querida Palencia; y este presentimiento se habría cumplido aun cuando en vez de años sólo hubieran mediado meses, porque á los cinco falleció. Vaya pues unido á las mismas páginas, si alguna duración han de alcanzar, el nombre de D. Carlos Laborda, que también sus virtudes son recuerdos, también sus acciones un monumento para la diócesis; y despidámonos con él en los labios y el luto en el corazón, como años atrás, de la ciudad que su residencia nos hizo tan preciosa.

CAPÍTULO V

De Palencia á Astudillo

No es la capital la que encierra los mejores y más antiguos monumentos de la provincia. El arte bizantino, que ha desaparecido casi del recinto de sus muros, florece libremente en las villas, en las aldeas y hasta en las soledades de su comarca con tal abundancia y lozanía, que parece en cierto modo producto espontáneo del terreno y el tipo general de sus parroquias y ermitas. Exentas en su mayor parte de reformas importunas, se han estacionado en el siglo XII ó XIII, en que, si hemos de atender á su esplendidez, gozaban aquellos pueblos de mayor importancia que ahora. Nunca en tan corto espacio experi-